

Escenas de la Ascensión de Jesús – Hechos 1,6-14

1. ¿Restaurarás el reino a Israel en este tiempo?

Es difícil que comprendamos lo que significó para el movimiento de los seguidores de Jesús el que se les conociera como «mesiánicos» —es decir *crístianos*— si no vemos que esta pregunta no es impertinente ni baladí, sino la quintaesencia de sus aspiraciones y deseos. No tiene ningún sentido ser *mesiánicos* sin que el Mesías restaure el reino a Israel.

Sin embargo Jesús había rechazado el único camino viable para establecer un gobierno monárquico/teocrático en Israel: el camino del alzamiento armado. Aunque resucitado a la vida, no era su intención cambiar ahora de forma de parecer, para reclutar un ejército de judíos que plantaran cara al Imperio Romano y con grandes manifestaciones de poder sobrenatural, abrirse paso en la historia de la humanidad.

Así las cosas, lo que sucede inmediatamente a continuación es extremadamente relevante.

2. Viéndolo ellos fue alzado y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos.

El cielo no era en aquella era lo que es hoy. No era un espacio galáctico interestelar, un vacío yermo donde es imposible la vida. El cielo era el lugar de la luz, la residencia de lo dioses (en Israel, la residencia del Dios único... junto con las huestes de su séquito celestial). Era por su luminosidad y por el carácter realzado de su pureza, el lugar de lo plenamente espiritual.

Sé que es imposible volver a entender así el cielo. Pero no podemos compenetrarnos con lo que vieron suceder los discípulos, si no entendemos que al ascender Jesús y ser escondido de su vista por una nube, ellos entendían que Jesús se había vuelto pura y absolutamente espiritual, divino, de la misma esencia y naturaleza que la Deidad. Si Jesús había dicho, según el evangelio de Juan, que él era la Luz del mundo, ahora ellos podían entender que esto era así: no metafóricamente sino como realidad puesto que Jesús ahora se encontraba en la misma esfera de espiritualidad —de incandescencia luminosa— que el propio sol y la luna y las estrellas.

Y esta sería la respuesta de Jesús a sus inquietudes sobre el reino de Israel. Jesús gobernaría como Mesías de Dios, sí, pero no desde un palacio en Jerusalén sino desde la diestra de Dios en las alturas celestiales. Esto no era menos gobierno que la de un Mesías instalado en Sion; era en todo caso, más gobierno y mayor perfección de reinado.

3. Así volverá, de la forma como lo visteis ir al cielo.

Renuncio a especular cómo pudieron entender esta frase los discípulos, Lucas y los primeros lectores del libro de Hechos. Jamás he tenido —que yo sepa— una conversación con un ángel. Considero que aunque no es algo que le pasa a todo el mundo, la existencia de mensajeros de Dios que se aparecen a los seres humanos y les comunican alguna verdad está lo bastante documentada como para no merecer ser descalificada ni dudada en principio. Desde luego, toda esta secuencia de escenas —los cuarenta días de conversaciones con Jesús después de su muerte y resurrección, la propia Ascensión al cielo y esta manifestación angelical— desborda mi imaginación y mi capacidad de situarme en escena e identificarme con los protagonistas.

El regreso de Jesús desde el cielo no es inverosímil si se tiene en cuenta esas apariciones angelicales. Recordamos que Jacob vio una escalera entre el cielo y la tierra, por la que bajaban y subían los ángeles. En la época del Nuevo Testamento la conexión entre cielo y tierra parecía obvia y natural. Así como los astros son visibles desde la tierra, las vidas de los hombres son visibles desde el cielo. Así como la luz y el calor del sol penetra nuestra existencia terrestre, nuestras oraciones pueden penetrar hasta el trono de Dios. Ambas esferas se entendían perfectamente intercomunicadas.

Con todo, nunca ningún ser humano arrebatado al cielo, ha vuelto a la tierra. Ni Enoc ni Elías. Puestos al caso, tampoco Jesús. Al menos, no en el sentido más directo y material de la cuestión. Es verdad que existía la esperanza de que Elías volvería antes de la llegada del Mesías. Según Mateo, Jesús afirmó que esto es precisamente lo que había sucedido en la persona de Juan el Bautista. Pero sabemos que Juan nació y experimentó el desarrollo normal de los seres humanos. Entonces Juan pudo ser, a lo sumo, una reencarnación de Elías; quizá diríamos que en Juan se manifestó el mismo espíritu profético que antes operó en Elías.

Sin embargo este mensaje angelical —Hechos 1— da a entender otra cosa diferente. Aquí tenemos un «así mismo, de esta misma forma como le habéis visto ascender», que no pareciera indicar una reencarnación del espíritu de Jesús en otras personas. Ni tan siquiera en la comunidad cristiana, a la manera de la experiencia de Pentecostés.

Pero desde que la tierra es —para nosotros— un planeta esferoide y Jerusalén no está exactamente en el centro de una tierra plana, aunque Jesús se apareciera otra vez sobre el cielo de Jerusalén, las almas de los cristianos ya no ascenderían —no todas ni siquiera la mayoría— ante su llegada. Muchos más son los que tendrían que primero descender a las profundidades de la tierra y cruzar el planeta entero por dentro, antes de poder salir a su encuentro en el aire sobre Jerusalén. Nuestra concepción materialista del universo, con un cielo que es espacio intergaláctico sometido a las mismas reglas de la física que este planeta tierra, nos priva de la capacidad para imaginar ya no sólo la ascensión de Jesús sino tampoco su retorno. En estas condiciones, la fe

cristiana tiene que buscar **otros** puntos donde anclar nuestra esperanza de una intervención soberana de Dios que arregle los males de esta tierra.

Sinceramente albergo no poca envidia de aquellas personas con una imaginación premoderna, que se deleitan con la idea de recibir a Jesús cuando regrese y se nos vuelva a aparecer en el aire sobre Jerusalén. Su fe es mucho más directamente consecuente con la de aquellos discípulos que charlaron durante cuarenta días con Jesús resucitado, le vieron ascender al cielo y luego oyeron esta promesa angelical. Mientras que mi fe es forzosamente algo mucho más artificial y contraintuitiva. Estoy condenado a no poder imaginar **nada** —a no saber qué hacer con estos versículos— y sin embargo deseando mantener viva la esperanza en que Jesús gobierna ahora las vidas de la humanidad y también **volverá** un día para poner punto final a este horroroso paréntesis de pecado y muerte.

Os confesaré que a veces me valgo del pobre sustituto de la ciencia ficción, para imaginar que pueden existir otros mundos o universos paralelos —quizá en otras dimensiones que las que operan aquí— y que de alguna manera fuera posible franquear la barrera entre ambos. Ese tipo de novela y cine me ayuda a recordar que las cosas no son —no **necesariamente** son— como las estamos viendo. Me recuerdan que pueden existir otras formas de vida y de existencia que franquean la barrera de la Teoría de la Relatividad de Einstein y todas las leyes de la física que pensamos estar comprendiendo. Formas de vida y existencia que en cualquier momento se nos podrían aparecer espontáneamente desde un más allá, por mucho que en el más acá nos resulten inimaginables.

Todo esto me lleva a reparar en la última acción de nuestra lectura de Hechos 1.

4. Y cuando volvieron... perseveraban unánimes en oración y ruego.

Aunque no me queden otros puntos de continuidad con aquellos discípulos y sus experiencias con el Jesús resucitado y con ángeles, sí me queda la posibilidad de reunirme con mis hermanos y hermanas y dedicarme a la oración.

Veo que mi texto pone: οὔτοι πάντες προσκαρτεροῦντες ὁμοθυμαδὸν τῇ προσευχῇ
«Todos éstos estaban entregados entera y unánimemente a la oración...»

Quizá, entonces, mi experiencia y la de los discípulos no es tan desigual. Quizá ellos tampoco supieron ni qué creer ni cómo proceder ante hechos como los que aquí nos ha descrito Lucas. Desde luego, buscar a mis hermanas y hermanos para dedicarnos enteramente y unánimemente a la oración, no es algo que me exija una manera determinada de interpretar estos versículos con mi mente e imaginación:

Lo que me exige es:

- La disposición a reunirme con otros que esperan la intervención de Dios en este mundo.
- La disposición a entregarme de lleno a clamar a Dios pidiendo su intervención.
- La disposición a relacionarme con hermanas y hermanos con espíritu de unanimidad, con un mismo sentir, con unas mismas metas y propósitos, sometiendo mi individualismo occidental a la necesaria correctiva de un discernimiento comunitario.

Al final, lo que va a resultar es que —efectivamente y tal cual lo ha redactado Lucas— esta escena no es la culminación, sino **el principio** de los planes de Dios.

Lucas no concluye su evangelio con esta escena sino que arranca con ella el libro de los Hechos.

Jesús volverá en el momento y de la forma que a él le parezca soberanamente oportuno. Pero entre tanto la tierra no está vacía sino que en ella estamos nosotros, los que hemos creído en él y nos dedicamos a la ferviente oración.

Quisiera dejaros con una sugerencia acerca de los contenidos de nuestra oración. Curiosamente, es un tema que Lucas prefiere no mencionar. Lo que aspiramos a ver en esta tierra es la manifestación plena del gobierno de Dios sobre la humanidad. Anhelamos el día cuando los humanos aprendamos por fin a tratarnos unos a otros con esa calidad de consideración y respeto mutuo que los autores del Nuevo Testamento describen con la palabra *ἀγάπη* (*agape*) —en traducciones recientes **amor**, pero me parece mejor la arcaica traducción de **caridad**. Está sobradamente comprobado que con nuestras propias fuerzas nunca alcanzaremos esa meta. Exige una efusión soberana y constante del Espíritu de Cristo sobre nosotros. Esto fue, en efecto, lo que sucedió a continuación en Pentecostés para aquellos primeros discípulos. Pero es también lo que necesitamos cada día nosotros también.

Y como entonces, no conozco otra manera de acercarnos a esa efusión del Espíritu que la de clamar a Dios, interceder por el mundo, y rogar a Dios que él mismo se derrame sobre nosotros para capacitarnos para vivir en un mundo así transformado.

Dionisio Byler
El Escorial, 30 abril 2008
Capilla de SEUT